

Siento tristeza por mi Iglesia, inmensa tristeza. Aunque nadie me puede arrebatarme mi alegría desbordante de vivir en la gran comunidad del seguimiento del Evangelio, de sentirme y saberme hija del Padre en el misterio de Jesús de Nazaret.

El 4 de julio de 2010 me concedieron en El País una entrevista que me hizo José Luis Barbería. Nunca lo agradeceré bastante. Había precedido a esta entrevista una denuncia al Nuncio en España, Mons. Renzo Fratini, primero a través de un burofax de sesenta folios, al que me contestó con una atenta carta, y después la entrega en la misma Nunciatura de un dossier de unos seiscientos folios en los que detallaban un grupo de laicos y laicas que trabajaron intensamente, una serie de datos tristísimos sobre páginas web que hacían una auténtica campaña de calumnias, insultos, burlas, sin respetar la privacidad de varias personas de relieve en España y en la Iglesia española.

En esta *denuncia* presentaba la queja de muchas personas por aquellas difamaciones contra el Rey, el cardenal Sistach, el P. General de la Compañía de Jesús, el P. Juan Massiá –con el que se ensañaron especialmente–, el sacerdote José Antonio Pagola, Torres Queiruga, etc. y, últimamente, el franciscano José Arregi, a quien han presionado de manera increíble hasta hacerle dejar la Orden franciscana y el sacerdocio.

El Sr. Nuncio, que me decía en su carta de respuesta al burofax “que había tomado nota atentamente”, debió intervenir de modo eficaz a juzgar por ciertos efectos subsiguientes, pero la *denuncia* que iba para ser presentada en el Vaticano contra el cardenal Antonio María Rouco Varela, el obispo Fernando Sebastián y el también obispo García Gasco, no sabemos si llegó al Vaticano. Casos, como el del P. Juan Masiá, no han sido corregidos posteriormente y pesa sobre él la orden, totalmente ilegítima, de no venir a España, de no hablar ni predicar en español y otros pormenores de grave importancia que en la denuncia se expresaban.

¿Cómo sentir alegría, como antiguamente aprendí de mis padres, por ser hija de la Iglesia, si hemos puesto en la palabra Iglesia, no el contenido y la esencia del Evangelio (verdad, amor mutuo, servicio a los hermanos y a los más necesitados expresamente como lo hizo Jesús) sino que hemos llamado Iglesia a la jerarquía, al Papa, que se llama, se tiene y se recibe con el esplendor inusitado de un jefe de Estado y así se lo tiene considerado? El “siervo de los siervos”, ¿dónde aparece? Las

bienaventuranzas, ¿cómo se viven en la Iglesia? El amor a los pobres, a los oprimidos, ¿dónde aparecen? ¿Cómo se puede considerar a muchos de nuestros obispos seguidores de Jesús, el pobre de los pobres, el que se puso al lado de la mujer oprimida, el que nos contó la bellísima parábola del Padre del hijo perdido al que no condenó, sino al que recibió a su regreso con las entrañas conmovidas, festejándolo con un banquete, baile y fiesta?

Este Jesús, ¿dónde aparece en nuestra Iglesia oficial? ¿En el papamóvil, con anillo de esmeralda, con un pectoral que ni se sabe? Seguramente que el mismo Papa es bueno y sencillo y amaría poder vivir como Jesús, pero está dentro de un sistema que ni él mismo puede controlar, ni tocar, salvo correr el riesgo de Juan Pablo I.

Me parece que si Jesús escucha decir a Mons. Rouco que la ética y la moralidad faltan, si ha escuchado los anatemas de Mons. Martínez Camino con sus excomuniones, si se ha enterado bien de la condena a tantos amigos queridos suyos que están dando la vida por los pobres, a tantos teólogos de la liberación condenados, ¿qué nos diría y a quiénes reconocería por seguidores y discípulos suyos?

Lo siento, lo siento mucho, pero me quedo con Jesús y me alejo de un poder que presenta la Iglesia oficial que está muy lejos, lejísimos de la Carta Magna del Reino: esas maravillosas bienaventuranzas que son la quintaesencia del Evangelio junto con el mandato del amor y tan lejos de todos estos tinglados, ropajes, ritualismos tan aparatosos que convidan a todo menos a una oración humilde y silenciosa como Él hacía por las noches, a la madrugada, antes de ir a buscar a su pueblo pobre y oprimido. Él fue libre en su enseñanza, “enseñaba con autoridad”, la autoridad que le daba su propia vida de unión con el Padre. Pero no buscaba el poder: “Mi reino no es de este mundo”, “El que entre vosotros sea el mayor, sea el último, el menor, el que sirve a sus hermanos”. ¡Era libre en decir la verdad que había recibido del Padre! A ningún otro estaba sometido y por eso lo mataron! Ellos, los poderosos del imperio y de la sinagoga, Roma y Jerusalén. La fidelidad al nuevo Reino y el amor a su pueblo los puso por encima de su vida.

Al atardecer de la vida nos examinarán del amor, no del poder, de las condenas por mantener la ortodoxia. Los dogmas, ¿de qué van si no hay amor, misericordia, humildad, verdad?

Deseo con toda mi alma que mi vida sea ante todo amor. Deseo buscar el último lugar, no el primero; deseo no poder nada, nada más que amar y no condenar. Por eso me alejo de tanta condena, de tanto poder, de tanto dictar normas para los demás, de tanto enjuiciar y sentirme maestra de mis hermanos. No tenemos más que un Padre y un Maestro, todos los demás somos discípulos, discípulas indignos de tal Padre y de tal Maestro. Lo siento, si ya no puedo denunciar más me quedo con el amar a fondo perdido y pedir humildemente que Él, y sólo Él, me enseñe la verdad de su Evangelio, de su entrega, de su comunión con el Padre y los hermanos.

M^a Victoria Gómez